

Al terminar de oírlo no se exclamaba, como después de escuchar algunos oradores: ¡Qué bien habla!, sino sentía uno la necesidad de exclamar: “Así es; tiene razón; de hoy en adelante tengo que hacer lo que él dice.” Era como esas vitrinas o escenarios en que se ven los objetos y personajes magníficamente iluminados, pero se ocultan las luces; al contrario de los oradores de artificio que hacen resaltar más los adornos que la verdad.

Sus egregias cualidades iban en consorcio con la gentileza del porte, la refinada y sencilla cultura del gran señor, del perfecto caballero; y el trato suyo, familiar sin bajeza, y la conversación sabia sin parecerlo, avasalladora sin violencia, lo hacían amo de las voluntades y dominador de cuantos lo rodeaban.

Me atrevo, pues, a llamarlo profeta de Dios. Entendiendo por profeta, no al que anuncia lo futuro, sino al que trae un mensaje divino, que era el oficio propio de los profetas, y en ese sentido podemos darle ese título a Pío XII, ante quien el universo enmudece, como cuando hablaba Moisés. Sí. Verdaderamente Dios hablaba por su boca. Fue un destello de la sabiduría cristiana que pasó por el mundo iluminándolo.

## El Pensamiento Filosófico y Político de Mons. Carrasquilla

Por DARIO ECHANDIA

Colegial de Número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

La memoria clarísima de Monseñor Carrasquilla nos congrega hoy, al amparo de estos claustros gloriosos que guardan los ecos de su palabra armoniosa y sapiente y se decoran con el recuerdo de su vida ejemplar. Sacerdote cristiano y maestro de juventudes; apasionado y noble paladín de altísimos ideales; orador de vastas y perdurables resonancias y escritor de clásica estirpe castellana, humanista y filósofo; catedrático y académico, la figura de Monseñor Carrasquilla aparece hoy, un siglo después de su nacimiento, ante el juicio depurado y sereno de la posteridad, como símbolo y concreción de algunos de los más insignes atributos históricos de la gente colombiana.

¿Cuál de las fecundas actividades en que se prodigó su espíritu multiforme, elegiré para tema de estas desmedradas palabras, que generosamente quisieron encomendarme amigos dilectos y maestros a quienes venero, y cuyos deseos tienen para mí la imperiosa eficacia de un mandato?

Corresponde a la cátedra sagrada el digno encomio del sacerdote; la exaltación de las heroicas virtudes del varón de Cristo; la ponderación de sus vastas y profundas disciplinas teológicas; el elogio de la obra apostólica de quien vistió la “mortaja sacerdotal” para abrazarse a la “locura de la cruz” y pregonar las glorias del Crucificado. Lejos de mí la pretensión audaz de hablar sobre tan arcanas y sublimes materias, desde esta tribuna tantas veces ilustrada por la magnífica elocuencia de Monseñor Carrasquilla, en esta ocasión, de solemnidad sin par; y ante este auditorio, selectísimo por la inteligencia y el saber.

Los institutos científicos, las universidades, las academias, son los llamados a juzgar la obra del letrado y del sabio, del erudito humanista y del artífice del estilo, dueño de todos los recursos plásticos y musicales de la hermosa lengua de Castilla. Ningún título me autoriza a penetrar en ese campo que pertenece a los maestros de la crítica, a los cultivadores afortunados de las letras y las ciencias humanas.

Sólo mi carácter de rosarista y colegial de número, de discípulo, así sea el último, del prócer cuyo recuerdo nos congrega, puede explicar mi presencia en esta augusta solemnidad y en esta prestigiosa tribuna. Permitidme, pues, que, como homenaje a la memoria del doctor Carrasquilla, me limite a recordar los años lejanos que viví en el recinto de estos claustros, bajo la rectoría de su mente esclarecida y el influjo de su palabra magistral.

Después del ministerio sacro, era el dictado de maestro el que se llevaba todas las predilecciones de su corazón. Holgábase nombrándose a sí mismo "maestro de escuela", y lo fue, en verdad, en el más noble de los sentidos del vocablo. Todos los egregios atributos de su inteligencia y los mejores impulsos de su voluntad parecía que convergieran a esta vocación docente. Ella fue el rasgo dominante, y como el compendio y síntesis de su carácter. Nacido para ejercer el apostolado de la enseñanza, se encontró, en el pleno fulgor de sus facultades, al frente de la rectoría del Rosario y de la cátedra de metafísica. Y fue aquí, en estas aulas por donde pasaron tantas generaciones de jóvenes que se iniciaban en el culto de la ciencia y de la patria, donde tuvo la mejor oportunidad de desplegar el saber profundo, la pericia didáctica, la avasalladora elocuencia, que hicieron de sus lecciones una luz esplendente sobre toda la vida nacional.

Vano y jactancioso empeño sería el de poner ante vuestros ojos, en todas sus ingentes dimensiones, la obra adoctrinadora del rector y catedrático. De esa preciosa enseñanza quisiera destacar un solo aspecto que me parece el más actual, el que mejor cuadra con ideas y sentimientos predominantes hoy en la sociedad colombiana. Me refiero a la manera como el maestro entendió y practicó la disputa por las ideas, la contienda entre los sistemas, la lucha por el predominio de las doctrinas a cuya defensa y propagación consagró lo mejor de su esfuerzo intelectual, lo más ardiente de su celo y lo más acendrado de su ciencia.

Perteneció Monseñor Carrasquilla a aquella eximia categoría de hombres para quienes la vida tiene su razón de ser y encuentra su finalidad suprema en el culto constante y desinteresado de las ideas. Otros puede haber que pretendan servirse de las especulaciones intelectuales como de instrumentos dóciles, pretextos ingeniosos o medios expeditos de realizar cálculos egoístas o sectarios, o satisfacer mezquinas codicias materiales; él creía que los valores espirituales son lo único que justifica la existencia y le da sentido; para él sólo contaban la libertad y la perpetua actividad del espíritu. Fue un profesor de seriedad en el pensar y nobleza en el sentir.

Su pensamiento fuerte y original, que labró profundo surco en la inteligencia colombiana, estaba cimentado sobre hondas y sinceras convicciones. Sintió la necesidad de que un sistema filosófico, una regla moral, un ideal político unificaran sus conceptos y ordenaran sus experiencias, de que un criterio racional le sirviera para clasificar y jerarquizar sus ideas; de que una doctrina de alcance universal comunicara a la total actividad de su mente un sentido cósmico, y a los esfuerzos de su voluntad creadora un acicate pertinaz. Y encontró esa superior unidad, ese método, ese criterio, en las doctrinas del filósofo de Aquino, cuya visión del mundo y de la vida tuvo por la más alta cima alcanzada por el pensamiento humano en milenios de cultura.

Fue, pues, la suya, una inteligencia integrada en un sistema, sólidamente estructurada sobre un dogma; lo que significa que fue todo lo contrario de un *dilettante*. Pero también fue todo lo más opuesto a un sectario. Su fe religiosa y su fuerte complejión mental lo libraron de caer en el escepticismo ligero y superficial que acoge indistintamente todos los sistemas, tomándolos por risueños juegos de la imaginación o por secas y presuntuosas mitologías. Pero su misma firme adhesión a un dogma y a una filosofía, hubiera podido inclinarlo al fanatismo incomprensivo, a no ser por las exquisitas calidades de su inteligencia, los nobles sentimientos de su alma de cristiano, y hasta por el gusto acendrado y pulquérrimo, que lo capacitaron para percibir y asimilar la flor suprema de los productos de la cultura humana.

Poseía Monseñor Carrasquilla, y en grado excelso, las virtudes que se contraponen a esas tristes deficiencias, de orden moral e intelectual, que parecen la causa determinante del ánimo sectario. La

preclara inteligencia y el estudio tenaz, lo familiarizaron, desde temprano, con aquellas grandes concepciones que han marcado hitos en la historia del humano proceso intelectual; el cristiano sentimiento caritativo le permitió captar la bondad recóndita en los contradictorios sistemas; el gusto depurado y cultísimo lo inclinó naturalmente a una actitud de simpatía hacia todas las manifestaciones egregias de la verdad y la belleza.

Hablando del doctor Mercier, con quien tuvo el doctor Carrasquilla muchas afinidades espirituales, refiere que el insigne purpurado estudió largamente todos los filósofos, desde Tales de Mileto hasta Bergson, a fin de aprovechar, para sus investigaciones, los más valiosos elementos de la antigua y moderna filosofía. Y agrega estas luminosas palabras:

“No hay que extrañarlo; todo sistema filosófico, por erróneo que sea, trae algunos fragmentos de verdad. ¿Acaso el espíritu humano se paró en el siglo XIII?”

Observad, señoras y señores, la grande enseñanza envuelta en esas breves frases. Todo sistema, por erróneo que sea, encierra algunas porciones de verdad. Así habla el entusiasta y decidido paladín de la filosofía tomista. El espíritu humano no se paró en el siglo XIII; dice el hombre que profesó a plena conciencia y con amor profundo, el culto de la tradición.

¿Era, acaso, el doctor Carrasquilla un ecléctico? No, por cierto; pero nada más extraño a su temperamento que la rigidez inflexible del sectario, del “invertebrado intelectual”, según el mote incisivo de un agudo ingenio. Fue, al revés, un espíritu crítico, abierto y sereno, dotado de una capacidad mental lo bastante amplia al mismo tiempo que disciplinada, para permitirle adentrarse lo más hondo del ajeno pensar y simpatizar intelectualmente con aquellos mismos sistemas que combatió sin tregua en sus obras y en sus enseñanzas.

Y esa generosa actitud de su espíritu no fue la mínima entre las causas de la singular atracción que su cátedra de filosofía ejerció sobre las inteligencias juveniles. Sus profundas convicciones tomistas no fueron óbice para que comprendiera y admirara otras egregias creaciones intelectuales opuestas a la del filósofo de Aquino. Fue un realista como Santo Tomás y como el griego de Estagira, lo que no le impidió admirar el idealismo de Platón o inspirarse en la enseñanza del genial obispo de Hipona. Quiso que la filosofía fuera una

servidora de la fe, sin dejar, por esto, de comprender el genio de Descartes, el filósofo de la duda metódica, en cuyo pensamiento parecen hallarse en germen todas las inquietudes y negaciones de las modernas filosofías; ni el de Kant, el áspero y desencantado crítico de la razón pura; ni el de Hegel, el ciclópeo panteísta del idealismo absoluto, el dialéctico del progreso indefinido y la identidad de los contrarios.

Y así, de su cátedra emanaba un noble sentimiento de tolerancia, que le permitía combatir una doctrina sin perjuicio de comprenderla; luchar contra las ideas que consideraba falsas, sin odiar a quienes las defendían de buena fe. Y entendía que esta manera de pugnar contra las ideas y no contra los hombres, era la única compatible con el espíritu verdaderamente cristiano. Nunca pensó que una doctrina pudiera imponerse por la violencia, y menos aquella que se funda en el postulado del libre albedrío y en el mandamiento del amor al prójimo como a nosotros mismos.

No basta con la ciencia para crear entre el maestro y los discípulos aquel vínculo estrecho e incoercible donde consiste el secreto de la emoción estética, fueron también parte, y parte decisiva, en la persuasión, la belleza de la forma que agrega a la convicción razonada la emoción estética, fueron también parte, y parte decisiva, en la acción educadora y el poder magistral de Carrasquilla.

Por sus gustos fue también un tradicionalista. Tuvo la pasión de lo clásico, de la medida, del equilibrio y la armoniosa correspondencia entre el fondo y la forma que consideraba él como las calidades distintivas de las obras supremas del arte de griegos y latinos. En esos perennes arquetipos y en los grandes modelos de la prosa castellana del siglo de oro, bebió su inspiración y formó su hermoso talento de escritor. Pero en materia de gusto artístico, como en tratándose de doctrinas filosóficas, su criterio era también de una comprensión universal; no estaba recortado y contrahecho por prejuicios de escuela. Amaba apasionadamente el arte de Virgilio pero, siguiendo en esto a Remy de Gourmont, el gran escritor francés renano, incrédule y materialista, contemporáneo suyo, autor de un bello libro sobre el latín místico, que Carrasquilla tradujo parcialmente y comentó para la REVISTA DEL ROSARIO, creía que los poetas latinos de la Edad Media, que escribieron en una lengua decadente y francamente bárbara, como Santo Tomás, Jacopone o San Buenaventura, son más

poetas aun cuando no sean mejores escritores poéticos, que los grandes clásicos del siglo de Augusto.

Tenía por el mayor lírico de nuestra literatura patria a José Eusebio Caro que, sin embargo, estuvo muy lejos de alcanzar la clásica corrección formal de su hijo, el cantor de Bolívar; y su predilección por los modelos antiguos no le apocó la visión estética ni le impidió deleitarse con las obras de los grandes poetas modernos, Goethe, Víctor Hugo, Verlaine. En cierta ocasión, interrogado por alguno de sus discípulos que mostraba propensión al cultivo de las letras, le oí decir: "Para escribir bien de nada aprovecha afiliarse a una escuela literaria, clásica, romántica o simbolista, ni obedecer a determinadas tendencias a copiar estos o aquellos procedimientos literarios; para escribir bien sólo una cosa es necesaria: tener talento."

No obstante el ejercicio cotidiano de su inteligencia en las más altas elucubraciones teológicas y metafísicas, y su contacto asiduo con las más prestigiosas realizaciones del arte, no fue Monseñor Carrasquilla un teórico, un puro contemplativo, un apartado investigador de la verdad, un artista orgulloso y recoleto, ajeno a las realidades del mundo circunstante. En sus disertaciones de la cátedra, en sus sermones, discursos y conferencias, se encuentran juicios y enseñanzas memorables sobre aspectos vivos y prácticos de nuestra vida social y política. Como en los dominios de la pura teoría, aquí también rindió culto a la tradición. Estas enseñanzas sobre la práctica de la vida social, estas ideas suyas sobre la naturaleza y la función del estado y el gobierno, merecen meditarse particularmente, porque ofrecen el extraordinario interés de mostrarnos cómo aquella grande inteligencia deducía de las ideas generales que orientaron su vida, consecuencias y aplicaciones a la concreta realidad. En este país nuestro, donde con tanta frecuencia los hombres tienen partido antes de tener ideas políticas, será siempre adoctrinador el ejemplo de Monseñor Carrasquilla, para quien lo importante no eran los partidos sino las ideas de los hombres acerca de los problemas de la nación. Dada su peculiar manera de entender la política, sería abusivo calificarlo de hombre de un partido. Y esto, no obstante que defendió francamente y desde el púlpito en más de una ocasión, el derecho de los sacerdotes a tener opiniones políticas y a ejercer, al igual de los laicos, su plena actividad ciudadana. Pero este concepto de la política como noble pugna ideológica antes que violento contraste de intereses, lo hizo

aparecer a los ojos de algunos de quienes suelen pensar que la razón de partido explica y justifica, como ley suprema y fin último, todas las acciones, aun las más reprobables, como poco eficaz y aun contraproducente para el oficio de formar prosélitos de determinada secta o bandería, desde el rectorado del Rosario. Tenían razón los tales, y aun de sobra, porque los discípulos del doctor Carrasquilla sabíamos bien, y por experiencia, que el hecho de estar afiliados a uno u otro de los partidos, no influía para nada, ni en favor ni en contra de los alumnos, en el ánimo del Rector. "Aquí a nadie se le imponen ideas ni opiniones en asuntos meramente políticos", decía. Y como lo decía, lo practicaba. "Los consiliarios, los catedráticos, el Rector, no aspiramos a ganarle soldados a este o aquel caudillo, a uno u otro fervor político que hoy es y mañana no parece", agregaba, Patriota ferviente, antes que adicto a un partido, se dolía de la violencia y barbarie de nuestras luchas partidarias de que, abusando de las palabras, se diera el nombre de *política* "al conjunto de medios que usan los partidos para hostilizarse mutuamente y sustituirse unos a otros en la posesión del poder" a tiempo que, en países de secular civilización, como Inglaterra, la pugna de los partidos por sus ideales no rompe la paz de la nación ni perjudica la unidad del patriotismo.

Semejante desvío por la política sectaria, no significa que aquel gran colombiano careciera de opiniones firmes e ilustradas acerca de los problemas que tocan con el bienestar de la patria y el bien común de sus hijos. Tal indiferencia por cuestiones en que están comprometidos el presente y el porvenir de la república, hubiera resultado incompatible con uno de los rasgos más preciados de su carácter: con su desvelado patriotismo, orgulloso y ardiente. No es que fuera esquivo a la política, sino que sus opiniones, en esta materia, estaban dominadas por sus pensamientos filosóficos; y sus conceptos sobre el estado y el gobierno eran consecuencia de las ideas que profesaba acerca de la naturaleza del hombre y de las sociedades, y del estudio atento de las realidades colombianas. En una palabra: su política era cerebral y no instintiva o pasional. Los jóvenes, observaba alguna vez, se apresuran a afiliarse a un partido político por simpatía o por cuna o por raza. Rara vez lo hacen por convicción racional. Y agregó en aquella ocasión: "Yo también fui mozo, me apasioné por utopías que resultaron desastres al reducirlas a la realidad. También yo creí en

hombres; hoy sólo creo en ideas; juré homenaje a partidos; hoy se lo rindo únicamente a lo que juzgo verdad.”

La política, así entendida, es, verdaderamente, la “ciencia y el arte del gobierno”, y se traslada de las regiones de los odios y de los egoísmos al plano superior en que se debaten las ideas y campean los más altos y depurados sentimientos patrióticos. Semejante desprevenido criterio le permitió a Monseñor Carrasquilla admirar y honrar, sin recortes ni discriminaciones por razón de partido, a los grandes hijos de Colombia, a los que realizaron los hechos gloriosos de la historia nacional, o estuvieron vinculados, por el afecto y las obras, a la vida de este Colegio venerado. Sus discípulos lo oímos unir en la misma gloria a Nariño y a Santander, fundadores de la república; y elogiar a los rectores ilustres del Rosario, lo mismo a Juan Manuel Ruadas que a Carlos Martínez Silva; a Nicolás Esguerra que a José Manuel Marroquín. Libre de la miopía intelectual del hombre de partido, su visión de la historia colombiana resultaba engrandecida, y se hacía más firme y clara su fe en los altos destinos de la patria.

Efecto de esta manera de contemplar la vida y la historia de Colombia, fue la confianza razonada que abrigó siempre en la capacidad de nuestro país para realizar la civilización cristiana; para alcanzar el orden y la libertad; la paz y la justicia; y ello, a pesar de espectáculos desalentadores que hubo de contemplar y que, sin embargo, no consiguieron abatir la entereza de su ánimo ni perturbar la serenidad de su mente. Es que su fe en los poderes superiores del espíritu lo sostuvo en la tranquila esperanza de que habían de triunfar algún día, en el mundo, sobre todas las miserias y contradicciones de los hombres “el reino de Dios y su justicia”.

Es difícil de imaginar la impresión que la persona y la enseñanza de Monseñor Carrasquilla hacían sobre la juventud adoctrinada por él. Seducía a los entendimientos jóvenes no sólo por la originalidad de su palabra, sino por el intenso placer de encontrar al escucharlo esa armonía de sentimiento que necesita el espíritu joven y confiado, y que, en nuestro país, tantas veces desgarrado por las contiendas intestinas, no suele ser fácil de adquirir. Es triste el espectáculo de generaciones enteras, envenenadas, desde la infancia, por las disensiones políticas; y privadas, por lo mismo, de aquella comunidad de afectos en la edad primera, que acaso sea la más honda raíz, y el alimento más fuerte y sustancial del patriotismo. Puede ser inevitable que los

hombres se dividan en la madurez por obra del choque de los intereses y de los desengaños de la experiencia; pero lo que no es justo ni cristiano ni racional, es que los jóvenes, cuyas mentes y corazones se inclinan por naturaleza al amor desinteresado por lo verdadero, lo bello y lo justo, no tengan una fe y una emoción comunes que les permitan unirse en un sentimiento fraternal, limpio de odios y rencores, en torno al pabellón de la república. Contra este mal encontraba la palabra de Carrasquilla acentos de concordia y persuasión que obraban como un bálsamo sobre las almas juveniles. Juzgad, pues, señoras y señores, del efecto que sobre nosotros ejercería la enseñanza de este hombre austero y ardiente, solemne y apasionado, que desde lo alto de la cátedra nos invitaba a elevar los corazones y a poner el culto de la verdad por encima de las imposiciones de la fuerza, de los rencores heredados y de las injusticias circundantes. Su visión filosófica del mundo y de la vida no mostraba la idea perenne del derecho dominando la política como su dueña y orientadora, y como la única que podía librarla de convertirse en despreciable juego de apetitos inferiores y egoísmos mezquinos. Monseñor Carrasquilla, que fue un tradicionalista, consideraba que en este país, donde la lucha por la creación de la nacionalidad y por el establecimiento de las instituciones republicanas y democráticas fue una misma, la tradición política es, precisamente, el sistema republicano de gobierno y el imperio de la libertad civil.

No podría explicarse su influencia, sin tener en cuenta la riqueza admirable de los medios de que dispuso el maestro para obrar sobre las almas. En él se armonizaban la inteligencia y la fantasía; el espíritu científico y el sentimiento estético; la teoría y la práctica; la especulación filosófica y la acción fecunda.

Y no sería fácil explicar cómo la variedad de su obra y el admirable conjunto de sus dotes se aunaron en un solo haz para producir el efecto de dominar tan eficazmente el raciocinio y la imaginación de sus discípulos. Esa atracción no era causada solamente por los prestigios intelectuales del catedrático ni por la sola elocuencia del orador, sino también, y sobre todo, por la grandeza moral que emanaba de la persona de aquel gran orientador de las inteligencias y director de las conciencias juveniles. A su derredor formábase una como atmósfera de superioridad espiritual en que la dignidad de la vida, la alteza de los ideales, la humana bondad, la nobleza del porte

y hasta la prestancia física obraban de consuno para producir una impresión de grandeza.

Me place evocar su figura enhiesta y austera, y al mismo tiempo acogedora y cordial, en el acto de dictar su lección de metafísica, en el aula de Masústegui, rodeado por centenares de discípulos pendientes de sus labios. Aún no existía el famoso manual en que compendió más tarde su enseñanza de muchos años. Durante la conferencia cotidiana acostumbraba recorrer pausadamente el vasto recinto de la sala. Con clara y distinta elocución, emitía frases cortas para que fueran recogidas por escrito. Detenía de pronto y alertaba a los oyentes para que no escribieran lo que en seguida iba a decir. Tratábase de ampliar la explicación de algún punto particularmente difícil, o talvez de agregar un comentario ameno al texto escrito. Esta digresión podía referirse a aquel capítulo del tratado del ser en que exponía la distinción entre la esencia y la existencia, que hoy podría resultar muy de moda bajo el signo de los existencialismos, y entonces el paréntesis buscaba hacer accesibles a los noveles filósofos los sutiles argumentos de Santo Tomás y del Padre Suárez en defensa de tesis contrapuestas. En otras ocasiones tratábase de poner al alcance de los jóvenes principiantes la tecnología filosófica, tan enrevesada, arbitraria y barbárica de los idealistas germánicos del siglo XIX Fichte, Schelling, y Hegel. Alguna vez el comentario versaba sobre el tratado de la belleza, sobre las ideas estéticas de San Agustín o del doctor de Aquino, y entonces el maestro dejaba las abstracciones metafísicas para trasladarse al grato campo de lo concreto en la literatura y en el arte, emitiendo juicios profundos, apreciaciones críticas, finas y eruditas, con la destreza de quien había madurado su gusto en la contemplación habitual de las obras maestras y tenía de la belleza artística no un conocimiento teórico y pasivo, sino aquel otro activo y experimental que se deriva del ejercicio constante de las facultades creadoras o analíticas.

— Talvez en esas disertaciones de la cátedra o en las pláticas familiares que sobre temas de moral o historia solía hacer a los colegiales en capilla, era donde brillaban más espontáneamente y podían apreciarse mejor las eximias calidades de su talento de orador. En una lengua abundante y castigada, de claridad y sencillez clásicas, sabía poner al nivel de sus alumnos las más abstrusas controversias filosóficas o hacerles captar, mediante un apólogo a una imagen poética, el

neollo de un sistema metafísico o el sentido recóndito de una teoría moral. Otras veces se complacía en dejar correr el caudal de su palabra para exaltar las glorias de conquistadores y libertadores o evocar los fastos gloriosos de la república. Admirable elocuencia, rica de pensamientos profundos y nobles sentimientos patrióticos, expresados en una forma, no por familiar menos selecta por su casticidad y elegancia.

Cátedras cuyas no fueron solamente la de este Colegio Mayor para enseñar filosofía, o la del seminario para transmitir a sus discípulos la ciencia teológica. También lo fueron el púlpito de la Basílica y el sillón de la Academia, donde su elocuencia magnífica encendió la admiración de vastas multitudes fervorosas o de restringidos y cultísimos auditorios. Sus grandes oraciones fúnebres, sus célebres sermones y panegíricos, son, en verdad, de un género asaz distante de las disertaciones del catedrático y de las pláticas del rector. Tales discursos, obras maestras de la elocuencia sagrada, recuerdan la música de los períodos de Alonso de Cabrera o Luis de Granada o recogen los acentos inmortales de la cátedra de Versalles o el púlpito de Nôtre Dame. Recordad los elogios fúnebres de Nariño o de León XIII; los sermones para conmemorar el centenario de la independencia nacional o el edicto constantiniano que dio al imperio la libertad de cultos. En ellos el escritor prócer prevalece sobre el orador genuino que, según su propia definición, es el que “necesita el recinto público, la tribuna, el auditorio a quien pretende avasallar; y le es preciso embriagarse con su propia voz, encenderse ante la admiración de los oyentes, adivinar en ellos el aplauso o la censura, dominar las resistencias, persuadir o hacer enmudecer al auditorio”.

Pensad ahora que el varón egregio nacido hoy hace un siglo para fortuna de este país, tuvo además de tantos y tan eximios atributos de la mente y del corazón, las virtudes de un caballero perfecto y un amigo incomparable; y decidme, señoras y señores, si no es apenas natural que el recuerdo de su enseñanza y de su ejemplo perdure tan claro y tan activo en quienes tuvimos el privilegio de llamarlo, con perfecto derecho, maestro y amigo. Pensad si su caridad evangélica y su cristiana tolerancia no son hoy una lección más actual, si se quiere, y más necesaria, que cuando nos sentábamos en estas aulas a escuchar de sus labios elocuentes palabras de verdad y acento de patriotismo. No extrañéis, pues, que las memorias de su palabra y de su vida

brillen más a medida que transcurren los años. Lo que distingue a esos espíritus superiores es que, no siempre bien comprendidos por sus contemporáneos, encuentran, en el futuro, plena justificación.

Hoy más que nunca sus discípulos, cualesquiera que sean las discrepancias y contradicciones que la vida haya suscitado entre nosotros, sentimos que nos liga un vínculo infrangible; y que su desdén por los intereses transitorios y efímeros y su devoción por aquellas puras, inmóviles y bienaventuradas ideas con que soñó Platón, deberán inspirarnos perpetuamente en la lucha sin fin por el advenimiento de la justicia y la defensa de la libertad.

Y el espíritu del gran maestro, el recuerdo de sus obras y sus lecciones, seguirán alumbrando los senderos de esta patria colombiana, a cuyo culto consagró él las mejores energías de su mente iluminada y los más puros afectos de su generoso corazón.

## Cátedra de Patriotismo

Por EDUARDO ZULETA ANGEL,

Colegial de Número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Expositor insuperable de la doctrina tomista, que es la ciudadela amurallada e inexpugnable dentro de la cual ha resistido incólume el dogma de los más fieros embates; orador sagrado de tan alto vuelo que en no pocas ocasiones se remontó a las alturas desde las cuales el Obispo de Meaux dio testimonio de Cristo predicando las tremendas lecciones de la muerte; escritor de prosa límpida, diáfana, pura, nunca deslustrada por lugares comunes, expresiones vulgares o extravagancias de mal gusto; maestro en quien la sabiduría, la virtud, el consumado don de mando y la majestad innata ejercían sobre sus discípulos una fascinación irresistible y un influjo decisivo; sacerdote ejemplar por la austeridad de su vida, por su sentido teocéntrico de la religión, por su elevado espíritu evangélico y por su nunca desmentido acatamiento a la jerarquía; confesor sapientísimo en quien el penitente encontraba los más vivos destellos de la misericordia divina, y amigo en quien el sentimiento de la amistad revestía los caracteres de la más noble elación espiritual.

Todo eso fue Rafael María Carrasquilla.

Pero ante todo y por sobre todo fue espejo de patriotas.

“Siempre he sabido por experiencia lo que es el amor patrio —dijo al hacer el elogio fúnebre del Arzobispo Paúl—. Después de Dios, nada he querido como este oscuro y pobre ángulo del mundo donde me tocó nacer, donde me arrulló mi madre, donde me enseñaron a amar a Jesucristo, donde me consagré a él haciéndome sacerdote, donde están las cenizas de mi buen padre y han de reposar las mías a la sombra de la cruz del cementerio.”